

Juan Carlos Lázaro en la contemporaneidad

CARMEN PALLARÉS

Una exposición tras otra, el propósito artístico de Juan Carlos Lázaro me conduce a un dictamen que puede sorprender a muchos pero que, para mí, se alza con toda nitidez: su plena contemporaneidad. El argumento principal para afirmar tal cosa, que a más de uno puede parecerle extravagante, es el del nudo del “conflicto” que, en principio, se plantea en las obras de Lázaro, entre la visibilidad y la invisibilidad.

Juan Carlos Lázaro lleva años dirigiendo sus pinceles hacia el anhelo de la desmaterialización, hacia la liberación progresiva de las condiciones espaciales –densidad, ubicación, peso y medida– de la pintura figurativa, buscando que su figuración sea evocativa mucho más que representativa. Quiere, por decirlo así, “sucumbir” a la identificación en el espacio para entrar con plenitud en el reino del tiempo, exactamente igual que quiere alejarse del asunto y de la anécdota, de lo narrativo que casi siempre conlleva la figuración, para acceder al tema y, entonces, pintar.

La seriedad del planteamiento de este artista resulta singular en el panorama del arte actual, pero el anhelo de la desmaterialización lo comparte con otros muchos, hablando únicamente de la cuestión formal: los cuadros monocromos andan en ese filo; la utilización de grafías pintadas, tan abundantes, también; las composiciones que presentan fragmentos, igualmente, entre otras cosas; el paso del volumen en el espacio tridimensional al dibujo en el aire que trazan hoy día muchos escultores con la materia de la cual se trate, lo mismo; las obras de ambientación sonora o lumínica, por descontado. Los ejemplos son mucho más abundantes que los que acabo de relacionar aquí, pero pienso que con los referidos es suficiente, ya que cada uno de ustedes podrá aportar otras pautas de esta realidad en el arte actual. Desde luego, otros muchos artistas están abogando por lo contrario, y así vemos “cosas” cada día más anecdóticas, más cargadas de negaciones y de estruendos, más indecentemente narcisistas, más ridículas en sus particularismos, más intensificadoras, en suma, de materialización, como si esta fuera la única vía posible para la imaginación artística actual. Y ni hablar, no, ni mucho menos. Y afirmo esto último con toda contundencia, siendo bien consciente de los riesgos que tales afirmaciones me hacen correr.

Juan Carlos Lázaro, como pintor, y sus obras figurativas, no como pertenecientes a un estilo, escuela o lenguaje, sino como arte actual, son modélicas, según mi criterio, en la pista que nos dan para la utilización conjunta de los sentidos externos de percepción y los sentidos internos de

apreciación. Creo que este es un punto importante, que propongo a la consideración, a la indagación y la reflexión de quien contempla obras como las que conforman la última exposición de Lázaro en Madrid. Las realidades físicas, materiales, fáciles, directas, reconocibles no son toda la realidad; el ser del color no reside en sí mismo; el blanco es una aspiración y una reunión, no una ausencia; la fragilidad tiene la firmeza de la sustancia que quiere citarse con su esencia; la levedad -no la inconsistencia-, es el comienzo de un camino firme que nos puede conducir -¿quién lo decía?, discúlpenme la mala memoria- “Del cuerpo al alma; del alma al ángel; y del ángel a Dios.” Así, el arte de Juan Carlos Lázaro busca reunirse con procesos genesíacos. Por eso, creo yo, el color en estas últimas obras expuestas en Madrid son más la vibración extraordinaria de una epifanía que la mera aparición intensificada del rosa, el amarillo o el azul. Por eso, sus bodegones no son la estática y muda elección de unos utensilios reunidos en determinado orden para ser representados sobre un lienzo: son la presentación de unas relaciones esenciales entre materia y forma, entre luz y color, entre tacto visual y visión anímica; y entre alma y espíritu, dos realidades que lamentablemente, desde hace siglos, se han confundido sacrificando la segunda por considerarla un berenjenal. Pienso que se ha hurtado de forma eficacísima, pero triste y falaz, algo esencial, muy esencial, al Arte. Juan Carlos Lázaro, está claro, no acepta falacias. Yo me alegro. Su pintura colabora, construye, aporta belleza al arte actual, afina el alma de quien se relaciona con ella, nos recuerda que el devenir es crecimiento, progreso verdadero; y que en la senda que va “de lo visible a lo invisible” ganamos cercanía, vivencia personal y estremecida certidumbre de realidades en la consideración actual de la imaginación, del arte y del ser humano.

No hablo en esta ocasión de los medios pictóricos, de los procedimientos técnicos que este pintor utiliza para lograr lo antedicho, y no lo hago conscientemente, aunque con ello mi comentario quede privado de algo que toda crítica ha de incluir. He preferido poner los acentos en consideraciones y valoraciones cuya relevancia, en las obras de Lázaro, me parecía necesario destacar, y decir *casi* todo cuanto, desde hace años, suscitan en mí. Este *casi* no pretende mantener en vilo al pintor, ni crear una expectativa que pudiera aparecer en otros comentarios sobre su obra. Lo he incluido para recordarles que, en estas lides, intentamos decir con palabras habituales justamente aquello que, con ellas, no se puede expresar. Respetemos tal hecho y, sin enmudecer, callémonos: apreciemos lo que, como secreto, se nos aproxima desde la misteriosa realidad del arte que con tan hermosa facultad y tan claro propósito trata de hacer visible este pintor.